

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

117

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRÍGUEZ

Ambrosio de Milán

EXPOSICIÓN
DEL SALMO 118

Introducción, traducción y notas de
Agustín López Kindler



Ciudad Nueva

1ª edición: octubre 2020

© Agustín López Kindler

© 2020, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-480-2
Depósito Legal: M-26.466-2020

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

El comentario al salmo CXVIII de Ambrosio que presentamos en este volumen constituye, no solo una de las obras exegéticas más extensas del obispo de Milán, sino la más amplia de la literatura cristiana sobre este texto revelado, que es excepcional por diversos motivos: a) está compuesto de un modo especialmente artístico, al constar de 176 versículos, distribuidos en 22 octonarios, o grupos de ocho versículos; b) cada uno de ellos comienza con una de las 22 letras del alfabeto hebreo, en el orden en que los niños las aprenden en la escuela: por eso se le llama también acróstico o abecedario; c) las veintidós piezas constituyen de por sí una unidad que permite una interpretación específica, si bien no puede decirse que sean independientes; d) en efecto, a lo largo de todo el texto se mantiene una línea coherente que constituye el hilo conductor del conjunto: el esfuerzo del alma por llevar una vida de acuerdo con la ley de Dios. Por eso, se le ha podido calificar también de «salmo de la ley».

Ambrosio mismo resalta al comienzo de su obra el valor extraordinario de este texto, cuando ya en el prólogo le atribuye un «perfecto esplendor»¹. De hecho, así como hay en él muchos elementos que resultan especialmente afines a la debilidad del autor por las cifras y los números, por las letras y las palabras, como se podrá apreciar a lo largo del comentario, contiene los preceptos necesarios a todo fiel cristiano para alcanzar la perfección.

1. Cf. Prólogo, 1.

1. Fecha de composición

Tanto editores como estudiosos que se han ocupado de este tema coinciden en afirmar que se trata de una obra de madurez. Sin embargo, a la hora de precisar la fecha de su composición, las opiniones oscilan entre Ihm, quien afirma que la obra data de 386-388², Palenque –entre 389-390³, Dassmann –después de 390⁴– y Pizzolatto que es partidario del arco de tiempo que va entre el 13 de mayo de 395 y el 3 de febrero de 396, partiendo de la hipótesis de que se trataría de una exposición sistemática del texto, repartida en 22 homilías expuestas por el obispo con una cadencia semanal⁵.

Incluso hay que pensar en el transcurso de algún tiempo, dedicado a revisar el texto, como era costumbre en Ambrosio. No pudo ser muy largo, pues murió el 4 de abril de 397. La tarea, sin embargo, debió de ser minuciosa porque de otra manera no se explica que el comentario a cada estrofa sea tan amplio: más bien cabe pensar que el autor fundiría diversos sermones en uno solo. Es inverosímil, por ejemplo, que las letras 8 (het) ó 20 (resh) hayan podido ser expuestas de una sola vez en el espacio de tiempo razonable para una homilía.

Además, se explica así que con tanta frecuencia introduzca en el texto comentarios de tipo filológico, que son poco compatibles con una exposición oral⁶.

2. Cf. IHM, M., *Studia ambrosiana*, Leipzig 1889, pp. 22-24.

3. Cf. PALANQUE, J.-R., *Saint Ambroise et l'Empire romain*, Paris 1933, pp. 524-525.

4. Cf. DASSMANN, E., *Ambrosius von Mailand. Leben und Werk*, Stuttgart, 2004, p. 330.

5. Es comúnmente admitido que esta obra es una elaboración de una serie de homilías pronunciadas

por Ambrosio dentro de una ceremonia litúrgica, seguramente la Eucaristía, en el curso de unos meses. En efecto, abundan las alusiones a las lecturas del día en la liturgia eucarística –1, 1; 3, 29; 5, 4; 6, 16; 8, 23. 47; 14, 4; 18, 42; 20, 31. 44– y no faltan interpelaciones a los oyentes: 1, 1; 20, 38-39.

6. Cf., por ejemplo, 4, 16; 5, 27; 8, 2; 12, 7; 20, 6.

2. *El Salmo 118 en el libro de los Salmos*

Para Ambrosio, como para Hilario, está claro que el salmo 118 es la cumbre de todo el libro de los salmos en su orden actual, primero por el lugar que ocupa en él y luego por su contenido único.

Respecto a lo primero, recordemos que se halla situado ya al final de la colección, como último de los que comienzan con el Aleluya (Hallel, 111-118) y recitan los judíos ortodoxos en las fiestas solemnes de su religión, y previo al grupo de los llamados graduales –o de las escalas–, que abarca los salmos 119-133.

Los primeros no son otra cosa que cantos de acción de gracias a Yavé por los milagros que ha realizado en favor de su pueblo, sobre todo en torno a la salida de Egipto. En los segundos se expresa la alegría del peregrino que sube grado por grado, escalón por escalón, para adorar a Dios en el templo de Jerusalén.

En su contexto, el salmo 118 representaría el último tramo de la subida en el camino del sabio hasta la cumbre de la perfección, que no es otra cosa que su identificación con los preceptos divinos.

En cuanto a lo segundo, este texto nos muestra al hombre sabio –o, dicho de otra manera, justo, santo– en el ápice de su esfuerzo por purificarse de las cosas de aquí abajo y acercarse a la contemplación y a la identificación con Dios a través del cumplimiento de sus leyes. Puede decirse que todo él gira en torno a este tema, hasta el punto de que se le conoce también, como hemos dicho, con el nombre de «salmo de la ley». A ella se alude en todos los versículos de formas diferentes, tanto con términos generales –palabras, caminos, promesas, verdad–, como técnicos: ley, decretos, preceptos, normas, mandamientos, estatutos, testimonios, juicios, reglas de justicia⁷.

7. La única excepción que cabe señalar es la del versículo 122:

«Acoge a tu siervo para bien, no me calumnien los soberbios».

Por citar solo un ejemplo, tomemos la letra «resh», que abarca los versículos 153-160:

¹⁵³ Mira mi aflicción y sácame de ella, porque no he olvidado tu Ley (legem).

¹⁵⁴ Juzga (iudica) mi causa (iudicium) y líbrame, hazme vivir según tu palabra (uerbum).

¹⁵⁵ Lejos de los impíos está la salvación, porque no han investigado tus obras de justicia (iustitias).

¹⁵⁶ Tus misericordias, ¡oh, Señor!, son infinitas. Hazme vivir según tus juicios (iudicia).

¹⁵⁷ Muchos son los que me persiguen y me atribulan; no me he desviado de tus testimonios (testimoniis)

¹⁵⁸ Vi a los que no mantenían fielmente el pacto (pactum) y me consumía, porque no guardaron tus palabras (uerba).

¹⁵⁹ Mira, Señor, que he amado tus preceptos (praecepta). Hazme vivir en tu misericordia.

¹⁶⁰ El principio de tus palabras (uerborum) es la verdad. Para siempre permanecen todas las decisiones (iudicia) de tu justicia (iustitia).

Ahora bien, cuando Ambrosio habla de ley, y sus homónimos, está aludiendo, no solo a la mosaica, sino a la presencia del poder de Dios y a la dependencia del hombre de Él en todas las edades de la historia de la Creación, desde la ley eterna instaurada antes de la Creación, hasta la de la Iglesia, promulgada a través de los siglos, hasta el fin de los tiempos, pasando por la ley natural, transgredida por los primeros hombres, la mosaica, recibida y transmitida por Moisés, y la evangélica, predicada por Cristo y extendida a todo el mundo por los apóstoles.

Por eso, su comentario distingue claramente esas distintas fases de la ley: 1) la que estableció Dios en la creación que salió de sus manos y fue transgredida por el pecado original; 2) la ley mosaica que traducimos siempre con mayúscula y que tuvo su fin y cumplimiento en Cristo; 3) la ley evangélica que vino Jesús a anunciar e instaurar a este mundo; 4) la ley

proclamada por los apóstoles y defendida por la Iglesia frente a todo tipo de desviaciones por parte de paganos, judíos y herejes⁸.

3. *La interpretación de la palabra divina según Ambrosio*

Desde el primer momento de su tarea episcopal, Ambrosio ha sido consciente de la importancia de la exégesis escriturística en el desempeño de su cargo pastoral. No en vano sus primeras obras se dedican a comentar escenas del libro del Génesis en su primer capítulo⁹. Luego, a lo largo de los años ha tenido que dedicar su atención de pastor y su producción literaria a otros temas perentorios, como los cuatro discursos de consolación ante la muerte de diferentes personajes de su entorno o la explicación del símbolo niceno de la fe y de los sacramentos cristianos.

Ahora, al final de su vida, se vuelve de nuevo a la sagrada Escritura, concretamente al libro de los Salmos. En su afán de pastor ha valorado siempre la Sagrada Escritura como el camino que hace posible un encuentro personal del alma con Dios: no solo a pocos que se encuentran en la cima de las virtudes o a la altura de experiencias místicas, sino a todos los creyentes, porque cada hombre es capaz de encontrar a Cristo en la lectura de los textos sagrados, en sus milagros y en sus palabras.

Él personalmente se enfrenta a la palabra revelada con suma reverencia, porque desea participar en su infinitud y su inescrutabilidad, considerando que la Revelación es amplia como el mar en el que desembocan todos los ríos de la sabiduría y el conocimiento.

8. Repetidas veces toma postura frente a los diferentes errores, sobre todo el arriano –cf. 19, 17; 22, 10– y llega a introducir en su explicación verdaderos elencos de herejías: cf. 4, 25.

9. A esta época, cuando al mismo tiempo tenía que aprender y enseñar –según sus propias palabras– corresponden, por ejemplo, *Parad.*, *Cain et Ab.*, *Noe* (n. 93 de esta colección).

Como dos océanos inabarcables se encuentran frente a frente los dos testamentos, de los que el primero llama al segundo como complemento y cumplimiento¹⁰. Naturalmente Ambrosio comprende que cada uno es diferente, pero para él ambos están íntimamente unidos, en una relación como viejo /nuevo; letra /espíritu; miedo /amor; promesa / cumplimiento; sombra /luz del sol; imagen / verdad. Ahora bien, más fuerte que esos antagonismos es la unidad entre ellos, y sus diferencias no significan una presencia más o menos intensa del espíritu de Dios en ellos.

Cuando se posee la llave que abre los secretos de la Escritura, se percibe la voz de Cristo, tanto en los salmos como en el evangelio: Él es el testigo fiel en el *Cantar de los Cantares*, no menos que en la *Epístola a los efesios*.

Así se explica su comentario al salmo 1 en el que exclama, dirigiéndose a sus lectores:

«Bebe a Cristo, porque Él es la cepa; bebe a Cristo, porque Él es la piedra de la que mana agua; bebe a Cristo porque Él es la fuente de la vida; bebe a Cristo porque Él es el río, cuya corriente alegra a la ciudad de Dios; bebe a Cristo, porque Él es la paz; bebe a Cristo porque de su costado fluyen ríos de agua viva; bebe a Cristo, a fin de que bebas la sangre de Cristo, por la que has sido redimido; bebe a Cristo a fin de que bebas sus palabras: sus palabras son el Antiguo y el Nuevo Testamento»¹¹.

La Sagrada Escritura es, como la Eucaristía, cuerpo y sangre de Cristo; presta al alma consuelo y alegría, difunde luz, cura, limpia y vivifica; es espada y armadura de Dios, un tesoro escondido en el campo y una veta de oro puro. Ambas regalan al hombre presencia de Dios y la disposición para estar cerca de Él en todo momento¹².

10. Cf. *Spir.* S. I 14, 150; *Ep.* 2, 3; *Job* 4, 4, 18.

11. *Expl. ps.* I 33.

12. Cf. *Exp. eu. Luc.* 10, 49.

Ambrosio puede asegurar la presencia de Dios en la Sagrada Escritura de un modo tan contundente, porque para él no es solo una teoría teológica o responde a un pensamiento deseable, sino que se experimenta de modo personal.

Cuando él lee los libros sagrados es como si Cristo bajara de ellos, se pusiera de pie ante él, o a su lado, y respondiera a sus cuestiones. Cuando no entiende algo, le plantea una pregunta y recibe una contestación. Por eso, lectura y estudio de la Sagrada Escritura constituyen una ininterrumpida conversación con Cristo.

Precisamente en el comentario al salmo 118¹³ se sirve de la lengua del salmista mismo para expresar su pensamiento: «Amable eres tú, ¡oh Señor!, enséñame tus leyes de justicia en tu amable bondad»¹⁴. «Tuyo soy, Señor, sálvame, porque he buscado tus preceptos»¹⁵.

Y esos ruegos encuentran su formulación piadosa en las oraciones que salpican sus comentarios, sobre todo cuando tropieza con un texto cuyo sentido profundo no alcanza a comprender. Por ceñirnos solo al salmo 118, no faltan en él invocaciones a esa ayuda del cielo: «¡Ven, Señor Jesús! Ábrenos también la puerta de este discurso profético, porque está cerrada para muchos, aunque a primera vista parezca abierta»¹⁶.

Otras veces habla directamente de su propio convencimiento: «¿No es verdad que, cuando reflexionamos sobre un pasaje de las Escrituras y no podemos encontrar su explicación, mientras dudamos, mientras buscamos, de repente tenemos la sensación de que estamos escalando verdades profundísimas, como si fueran montes, y que después Él, apareciendo sobre

13. Y no solamente en él, sino en el de todos los salmos: Véanse, por ejemplo, las expresiones de *Expl. ps. XVI* 8 («Señor, protégeme bajo la sombra de tus alas»), o la de

Expl. ps. XXII 4 («no temo mal alguno, porque Tú estás conmigo»).

14. Cf. Sal 118, 68.

15. Cf. Sal 118, 94.

16. *Exp. ps 118* 12, 4.

las colinas, nos ilumina la mente para infundir en nuestros sentidos lo que nos parecía tan difícil de hallar?

Así pues, como si antes estuviera ausente, se hace presente el Verbo en nuestros corazones. Y, de nuevo, cuando algo nos resulta oscuro, es como si el Verbo se apartara de nosotros y deseáramos la llegada del ausente. Y, apareciéndose de nuevo, se nos muestra como si se nos hiciera presente en aquellas cosas que deseamos conocer.

Por consiguiente, salta con frecuencia en el corazón de cada uno; brinca, y se va y vuelve, si le sigues, si le buscas, si –con la agradable insistencia de los fieles doctos– pides que resucite en ti el Verbo que se había ido y había pasado de largo»¹⁷.

Por todo lo dicho, su ortodoxia –apoyada en el credo de Nicea, que contiene la regla de fe de la Iglesia– le pone en la línea de los demás padres de la Iglesia y le distingue esencialmente de los herejes, que tienen dificultades con la aceptación de los dos Testamentos, ya sea por no admitir el Antiguo (marcionistas), ya sea por malinterpretar el Nuevo, al no aceptar la Divinidad del Hijo (arrianos).

Para Ambrosio, una interpretación correcta de la Sagrada Escritura empieza por la fe: solo quien cree está en condiciones y puede pretender comprenderla. Pero la comprensión no basta, tiene que ir acompañada del recto comportamiento. Este proceso viene expresado así: «A través de la fe se consigue la ciencia y, a través de la ciencia, la disciplina»¹⁸. Sin olvidar, naturalmente, que toda ciencia divina está impregnada de oscuridad, puesto que Dios es inabarcable para el hombre y en definitiva permanece un misterio.

Por eso, Ambrosio, en base a sus predecesores en esta tarea, ante todo Filón y Orígenes, se siente en el deber de extraer del texto sagrado todo el sentido que contiene, consciente de

17. *Exp. ps 118* 6, 9.

18. *Exp. ps 118* 9, 12.

que admite y exige diferentes niveles de comprensión: ante todo, uno literal y otro espiritual. El primero hay que tenerlo en cuenta a la hora de escoger la lectura correcta en las diferentes versiones para elegir, una vez cotejadas todas ellas, la más adecuada. Esta tarea es importante, pero a todas luces insuficiente, incluso peligrosa cuando uno se limita a ella, como hacen los judíos, que se quedan en la interpretación puramente lingüística de la Ley y no van más allá, porque se niegan a creer en la divinidad de Jesús.

El sentido espiritual solo se capta a partir de la fe y abre horizontes al lector en sus diferentes aspectos: 1. Alegórico, que hace posible, de una parte, leer el Antiguo Testamento como tipo o imagen del Nuevo, y de otra que la palabra divina sea entendida como un espejo de la Verdad¹⁹; 2. Moral, que aplica la doctrina al comportamiento humano²⁰; 3. Místico, que abre una lectura cristocéntrica de los libros revelados²¹. Solo cuando se tienen en cuenta todos estos escalones se saca provecho de la lectura sagrada y, tanto el cuerpo –sus sentidos– como el alma –sus facultades–, se sacian de la riqueza revelada.

Ni que decir tiene que Ambrosio, teniendo bien en cuenta el objetivo que le mueve a pronunciar y publicar estos textos –impulsar a los fieles a él encomendados a buscar la salvación–, sin olvidar los otros sentidos, pone de relieve ante todo el moral.

4. *El cristocentrismo del Salmo CXVIII*

La clave de la interpretación ambrosiana del salmo que nos ocupa está en su cristocentrismo. Para él está claro que el autor material es David, pero quien habla en él es Cristo, que se presenta a sí mismo y actúa como Creador, Redentor,

19. Cf. 3, 19.

20. Véase el registro *Sentido mo-*

ral de la SE en el índice temático.

21. *Item: Sentido místico.*

Cabeza de la Iglesia y Vida del alma que ansía volver al Paraíso²².

Al presentar a Cristo como Creador y Redentor, Ambrosio sitúa al salmo 118 en medio de las controversias doctrinales de su tiempo, marcadas ante todo por la presencia del arrianismo –ya vencido teóricamente desde Nicea, pero aún beligerante en la vida pública–, y por los avances en la teología trinitaria que quedaría perfilada en los grandes concilios del siglo siguiente, sobre todo en Constantinopla.

En su comentario Ambrosio pone de relieve la unidad del Padre y del Hijo en substancia y en acción, al tiempo que la diversidad de personas, para provocar a la admiración de sus oyentes ante el anonadamiento de Cristo Redentor según la doctrina de Pablo en el segundo capítulo de su epístola a los Filipenses, uno de los textos centrales en los que basa su comentario.

Pero, además, Cristo con su Resurrección, ha legado a la Iglesia sus sacramentos de salvación. Él es la primicia de toda criatura, el primogénito de Dios y la cabeza de la Iglesia, el conjunto de los cristianos, ya liberados del pecado. Jesús es por naturaleza una sola cosa con el Padre y el Espíritu Santo, pero también con la humanidad, a la que ha redimido, que forma su cuerpo humano y viviente, del que Él es la cabeza.

La Redención es precisamente el centro de toda la Historia: en efecto, la Creación se llevó a efecto en vistas a la Encarnación y la humillación de Cristo en su muerte de Cruz²³.

22. Cf. MASCHIO, G., *La figura di Cristo nel Commento al Salmo 118 di Ambrogio di Milano*, Roma, 2003, sobre todo pp. 259-266.

23. «Más que la sabiduría de la obra divina y la creación del mundo, más que los ornatos del sol y de la luna y las preciosas joyas de las

estrellas, he amado el sometimiento a la Pasión del Señor. Porque me ha proporcionado más redimiéndome que creándome. En efecto, he nacido sin ser consciente, ahora soy salvado consciente y voluntariamente»: Cf. 16, 40.

Con esta Cristo ha repuesto nuestra condición, no solo para devolvernos al Paraíso, sino para superarla²⁴.

El cristocentrismo del *Comentario* que nos ocupa tiene una última dimensión íntimamente unida al carácter homilético y pastoral de la obra. Ambrosio hace girar todo –tanto el texto, como su comentario– en torno a Cristo, pero no de un modo escolar y frío, sino en un tono que interpela directamente al alma de sus oyentes. En definitiva, todo el texto del salmo se orienta al progreso del alma en la vía de la perfección.

Es verdad que Dios ha creado al hombre para salvarle mediante la Redención llevada a cabo por el Verbo; es verdad que la Iglesia es la depositaria y administradora de los medios de salvación, pero es el alma individual la que debe apropiarse de esos medios con todos los sentidos del cuerpo y las potencias del alma, hasta el punto de poder decir con el salmista: *Mi alma está siempre en tus manos y no he olvidado tu Ley*²⁵, palabras que Ambrosio comenta ampliamente en el sentido de que cada hombre debe dejarse guiar y gobernar por Dios en el ejercicio de su plena libertad²⁶.

5. Fuentes

Ambrosio parece haber tenido presentes, a la hora de redactar de un modo sistemático este escrito, múltiples fuentes, tanto por lo que respecta a los comentaristas de los salmos que le habían precedido, como también en las versiones de la Sagrada Escritura que utiliza.

24. «Porque tiene más valor haberse apartado de los vicios que no haberles conocido de cerca»: Cf. 22, 3.

25. Sal 118, 109.

26. Cf. 14, 29-34.

ÍNDICE GENERAL

| | |
|---------------------------|----|
| <i>Introducción</i> | 5 |
| <i>Bibliografía</i> | 25 |

AMBROSIO DE MILÁN *EXPOSICIÓN DEL SALMO 118*

| | |
|------------------------|-----|
| Prólogo | 29 |
| I. LETRA ALEPH..... | 33 |
| II. LETRA BETH | 50 |
| III. LETRA GUÍMEL..... | 78 |
| IV. LETRA DÁLET | 111 |
| V. LETRA HE | 130 |
| VI. LETRA VAU | 163 |
| VII. LETRA ZAIN | 186 |
| VIII. LETRA HET | 213 |
| IX. LETRA TET | 261 |
| X. LETRA YOD | 277 |
| XI. LETRA CAF | 313 |
| XII. LETRA LÁMED..... | 338 |
| XIII. LETRA MEM..... | 374 |
| XIV. LETRA NUN | 395 |

| | |
|---|------------|
| XV. LETRA SÁMEC..... | 433 |
| XVI. LETRA AYIN..... | 461 |
| XVII. LETRA PE..... | 492 |
| XVIII. LETRA SADE..... | 515 |
| XIX. LETRA QOF | 547 |
| XX. LETRA RESH | 574 |
| XXI. LETRA SIN | 610 |
| XXII. LETRA TAU..... | 628 |
| <i>Índice bíblico</i> | <i>657</i> |
| <i>Índice de autores antiguos</i> | <i>687</i> |
| <i>Índice de nombres y materias</i> | <i>693</i> |